

Matías  
Aldaz

---

eran las nuev  
he cuando t  
telefono a m  
sigo en el lab  
es paso por

d'accord

difusiona/terna ediciones

matías aldaz  
d'accord, buenos aires, 2013



## **difusiona/terna.ediciones**

dirección.general /**nadia sol caramella**

dirección.editorial /**cristian j franco**

prensa.comunicación /**joel vargas**

edición.diseño.diagramación /**cristian j franco**

corrección /**pamela pulcinella | nancy gregof**

ilustración.portadilla.colofón /**emi breuss**

ilustración.contratapa /**nacho flores aguirre**

---

[escriturasindie.blogspot.com.ar](http://escriturasindie.blogspot.com.ar)

[facebook.com/escrituras.indie](https://facebook.com/escrituras.indie)

[facebook.com/escriturasindie.difusionalterna](https://facebook.com/escriturasindie.difusionalterna)



# d'accord

---

Matías Aldaz



## Las cosas que siempre hay que limpiar

Eran las nueve de la noche cuando la llamé por teléfono a mamá.

—Sigo en el laburo. Si querés paso por tu departamento a saludarte cuando salga —le dije.

—Pasá si querés —me contestó.

Recién al llegar me di cuenta de que mamá no estaba sola. Estaba con papá. Terminaban de comer los últimos sándwiches de miga. Papá dejó en el plato el que tenía en la mano cuando me vio entrar. Lo miré y me acerqué para saludarlo. Le di un beso. Luego me acomodé en el sofá, frente al televisor, al lado de la mesa donde ellos comían. Al ratito mamá también se sentó en el sofá al lado mío (comenzó a reírse a carcajadas de un conductor que hacía chistes homofóbicos).

Pasamos unos minutos sin hablarnos, en medio del ruido del televisor.

—Va a ser mejor que me vaya —le dije al final.

Silencio.

Todavía sentado en el sofá, acomodé la carpeta junto al libro que llevaba. Mamá se paró sin decir nada. Y entonces yo también tuve que pararme. Pero papá se quedó sentado en la mesa mi-

rando el sándwich de miga que había dejado en el plato, como si fuese la excusa perfecta para mirar hacia algún lado. Me acerqué.

—Chau, viejo —le dije.

Esas dos palabras sonaron raras en mi boca. Papá apenas movió la cabeza en silencio y nos rozamos las mejillas cuando me arrimé (le sentí el aroma del perfume de avón que usa desde que lo conozco). Retrocedí dos pasos mirándolo, y volví a acomodar la carpeta y el cuaderno. Me di vuelta y vi que mamá ya estaba parada al lado de la puerta. Cuando comencé a caminar hacia ella, la destrabó y la abrió. Caminamos acompañados hasta la salida del edificio por nuestros dobles reflejados por el espejo del pasillo. Mamá se adelantó, abrió la puerta y salió antes que yo. Se recostó en el umbral, con planes de comenzar a conversar. Hizo un resumen detallado de sus próximos días de visita en Buenos Aires. Consultas médicas, análisis programados, una obra de teatro en la calle Corrientes y algún que otro paseo. Le dije que ya me tenía que ir porque cerraba el almacén de enfrente, y se lo señalé con el pulgar, sin mirar. Ella no me escuchó y siguió hablándome. Me preguntó por mi departamento y mi ropa.

—¿Está limpio? ¿Llevaste la ropa al lavadero?

No se lo dije, pero hacía más de tres semanas que no llevaba la ropa al lavadero: el canasto estaba repleto de colores y texturas sucias. Tampoco se lo dije, pero la casa también estaba sucia. El polvo se acumulaba por todos lados: en la biblioteca, encima de los libros, arriba del monitor de la computadora, en las sillas que no usaba, en el piso. Tampoco le dije que era imposible andar descalzo sin ennegrecer las plantas de mis pies.

Y no se lo dije porque enseguida reaccioné. Le dije que sí, que estaba todo limpio, que cuando quisieran podían pasar a

visitarme, ella y también papá. La besé antes de que comenzara a hablar de nuevo.

Mamá seguía en el umbral, pero ya no estaba recostada. Me di vuelta y caminé unos pasos hacia la calle. Oí una voz. Era la voz de mamá (estoy seguro), que seguía hablando. Sabía que lo hacía para que volviese, para que le preguntara ¿qué dijiste, vieja?, y de esa manera seguir charlando un rato más. Dudé un segundo pero seguí caminando; no quería caer nuevamente en su telaraña interactiva. Llegué hasta el cordón de la vereda y me detuve. Me concentré en los autos, en sus ruidos y sus luces, que se movían a toda velocidad, para no seguir escuchando su voz. Cuando dejaron de pasar y de alumbrar, y mamá ya no hablaba, di el primer paso y crucé la calle. Miré hacia el almacén. La puerta estaba abierta y la luz de su interior todavía iluminaba la vereda.

~

# Festejo

En la mesa hay una botella de vino por la mitad y dos vasos casi llenos. Dos personas están sentadas frente a frente. De un lado un chico de veintidós años: Juan. Del otro, una chica de veinticinco: Florencia. (Los nombres son ficticios, las edades no). Cada uno tiene su plato cargado de comida. La luz es tenue, así le gusta a Florencia. El televisor está prendido, sin volumen, así le gusta a Juan.

(Ni Juan ni Florencia miran hacia ese televisor).

Florencia y Juan están de festejo. Hace un minuto nomás Florencia dijo con una risita: Por otro año más. Luego chocaron los vasos y ese ruido quedó resonando en el comedor.

(Dije que ninguno de los dos miraba el televisor. Me faltó decir que tampoco se miran entre ellos).

Ahora Florencia tiene la vista clavada en el plato, y no para de revolver la comida. Juan, sentado en la silla a medio metro de la mesa, está cruzado de piernas, repiqueteando con sus dedos la rodilla. Algo pasó para que ese festejo no sea más un festejo. Tal vez la respuesta de Florencia: No sé. O quizá fue la pregunta de Juan: ¿Qué te está pasando? Aunque fue después de lo que con-

testó ella que sobrevino el silencio, la comida fría, los vasos casi llenos, la botella por la mitad. Y sobre todo el silencio.

(Olvidé contarles algo importante: la casa es de Florencia, la alquiló hace cinco meses, cuando decidió irse de la de sus padres para comenzar una vida independiente).

Juan y Florencia siguen en silencio hasta que suena el teléfono en la habitación que está pegada al comedor. Florencia va y atiende. No, todavía no, dice bajito. Del otro lado parece que insisten. No, te dije que todavía no. Corta.

Cuando vuelve al comedor le dice a Juan que era una amiga. Está bien, no me tenés que explicar nada. Florencia se sienta y comienza de nuevo a revolver la comida. Enseguida, para retomar la conversación anterior, repite: No sé. Pero ese no sé es más consciente que el anterior, en ese no sé hay otra cosa.

Juan descruza las piernas y apoya los codos sobre los muslos; se toma las manos como si estuviera por rezar y, con la cabeza gacha, comienza a moverla de un lado para el otro, mirando el piso. Florencia no ve los movimientos de Juan. Es raro, creo que me podés..., comienza a decir Juan. Pero Florencia lo interrumpe, le dice: La verdad es que no sé qué me pasa, tengo ganas de verte, pero cuando te veo comenzamos a discutir, y por pavadas. Y se queda callada. Y no le dice que hace un mes conoció a Francisco, diez años mayor que ella (el nombre también es ficticio, su edad no) y que desde ese momento se vieron casi todos los días. Tampoco le dice que Juan ya no le interesa más, que no le interesan sus proyectos, ni los individuales ni los conjuntos. Que no le interesa si le fue bien o mal en el trabajo, si le aumentaron el sueldo o se lo bajaron. No le dice que no la hace reír más, que ya no le parece divertido. Que ya no la excita más, que las últimas

veces que hicieron el amor, ella no veía la hora de que él acabase para que saliera de encima. Tampoco le dice que jamás se casaría con él, como lo habían planeado dos meses atrás.

Juan la mira asintiendo con la cabeza. (Tiene algunas lágrimas que ya bajan por sus mejillas). Le pregunta a Florencia: ¿Y qué vamos a hacer? Florencia levanta la vista y le contesta: Tomémonos un tiempo... Para ver qué pasa, añade, completando la frase. Juan intenta mirar a Florencia, pero ve todo borroso. Refregándose los ojos, responde: Sí, podríamos intentarlo, para ver si podemos seguir juntos. (¡Qué paradójico, separarse para seguir estando juntos!).

Aunque Juan tuvo varias relaciones anteriores, algunas más fugaces, más intensas que otras, ésta es la primera vez que le hablan de un tiempo como solución. Juan no sabe que el tiempo del que habla Florencia es largo, interminable, y que dentro de cinco minutos, cuando salga del comedor, de la casa, del barrio, se va a suspender eternamente, se va a paralizar, se va a volver inexorable. Y aunque Florencia se canse de ese tal Francisco dentro de un mes, nunca más volverá a estar ni siquiera a diez metros de Juan.

Por fin, después de unos minutos, Juan se levanta y sale de la casa con unos discos, un suéter rayado y un jean en una bolsa. Florencia lo despide con un beso en los labios. (Juan recordará ese beso toda la vida).

Después de despedirlo, Florencia irá a la habitación, tomará el teléfono y marcará un número. Acostada en la cama esperará que la atiendan.



## Alfombras

Apenas vio la foto de Chamorro que estaba colgada en el living, cerró los ojos. Todavía estaba gordito y con los ojos saltones, pensó; y enseguida se tapó la cara con las dos manos. Se dio vuelta y quedó frente al ventanal del departamento. Observó detenidamente los edificios que tenía a la vista: le parecieron todos iguales, obscenos, peligrosos. Agachó la cabeza y sin querer miró su cuerpo, se dio cuenta de que estaba desnudo. Fue rápido hasta la pieza y se puso una remera vieja con la cara de Jim Morrison: el cuello estaba estirado y los bordes comidos por polillas. Salió de la pieza y fue directo hacia la cocina; sacó un porrón de cerveza de la heladera. Volvió al living y se sentó en el sofá. La tela rasposa haciendo contacto con las nalgas le hizo recordar el pubis recién afeitado de Chamorro, pero no le dio mucha importancia. Enseguida levantó del piso el libro que estaba leyendo la noche anterior y lo abrió en la marca que había dejado. Leyó: No hay nadie en el mundo con quien jugar, los hombres se fueron en una alfombra mágica y no hay indicios de que vuelvan. Lo cerró. Pensó en esa frase durante un rato. Recordó las alfombras mágicas, voladoras, que había visto en las películas. Recordó también que a Chamorro le gustaban las alfombras: tenía en la pieza una

inmensa, cuando aún vivía en la casa de sus padres. Pero las de él no eran mágicas, ni voladoras, pensó.

Terminó lo que faltaba de la cerveza de un solo trago, se paró y volvió a la cocina. Sacó otro porrón de la heladera y fue directo a la pieza. Dejó la botellita en la mesita de luz y se acostó. Enseguida se acordó del libro y volvió a buscarlo. Cuando entró al living, vio a través del ventanal cómo unas nubes pesadas y difusas habían tapado todos los edificios que había observado unos minutos antes. Pensó en las personas que estaban mirando, como él, hacia fuera, a través de esas paredes transparentes, frágiles, que rozaban el material inasible de las nubes. También pensó que esas personas seguramente debían sentir miedo por no poder ver hacia fuera, igual que él. Las nubes siempre se van, no nos preocupemos, dijo dirigiéndose hacia el ventanal. Y en el exacto momento en que aún retumbaba la última palabra que había dicho, se dio cuenta de que hablaba solo: se río de manera exagerada. Enseguida, de modo casi automático, se dejó caer en el sillón, y fue como si el mismo Chamorro le hubiese golpeado otra vez la piel desprotegida de sus nalgas. Esta vez sintió un placer insólito, irreal. Se paró, agarró el libro y volvió a su pieza. La encontró diferente, como si la hubiesen inventado en ese preciso momento. Enseguida se acostó en una cama que no recordaba si era la suya, ni tampoco si antes había estado en ese lugar. Luego abrió el libro y siguió leyendo. Leyó hasta quedarse dormido.



# D'accord

## I

Tres de la tarde. Barrio de casas altas. Vereda donde no da el sol.

—¿Por qué siempre veo animales muertos con vos?

—¿Animales muertos?

—Sí, vimos esa paloma recién, y la semana pasada la rata esa que parecía un perrito, que estaba aplastada en el cordón de la vereda.

—Bueno, esta ciudad está llena de esos animales. Son nuestros animales típicos, de los que se ven y de los que no se ven. Y los animales típicos se mueren, los que se ven y los que no se ven.

—Sí, lo sé, pero lo que pasa es que siempre los veo con vos. Cuando camino sola nunca me pasa.

—Quizá sea porque yo siempre estoy atento al suelo. Así también encuentro plata muchas veces.

—Yo también estoy atenta, y también encontré plata varias veces. ¿Te acordás esa vez que encontré cincuenta pesos?

—Sí, me acuerdo bien. Nos salió gratis la comida china y el vino.

—Sí, esa. Pero lo que te quiero decir es que cuando camino sola jamás encuentro animales muertos.

—¿Y encontraste plata caminando sola alguna vez? Y acá, no allá.

—No, creo que no. Pero...

—Bueno. Un poco y un poco te doy. Los animales muertos serían el lado de adentro del suéter, con todos los hilos colgando, los colores invertidos y...

—Prefiero no encontrar animales muertos.

—Bueno, tampoco es para tanto. ¿No creés? Solo fueron dos. Y además, creo que quizá tenés esa sensación porque fueron muy seguidos. ¿Lo de la rata cuándo fue?

—El viernes.

—¿El viernes?

—Sí, fue el viernes a la tarde, cuando volvíamos de comprar facturas.

—Viste, por eso. Hoy es lunes. Pasó muy poco tiempo.

—¿Vos creés que es sólo por el tiempo que pasó entre uno y el otro?

—Sí, exacto. Si a la rata la hubiésemos visto el mes pasado, no me estarías diciendo esto. Ni te acordarías. Es solo un problema de memoria.

—No creo. Te lo estaría diciendo igual. Porque desde que vine acá, hace casi un año, es la primera vez que vi animales muertos...

—Que veo.

—Perdón, que veo animales muertos en la calle.

—Bueno, ahora ya estás exagerando.

—En serio, te lo juro.

—El *serio* no te sale muy bien tampoco. Debe ser porque no arrastrás un poquito la erre, y además porque la *i* te sale casi como una *e*.

—Ay, siempre corrigiéndome. Vos sos el único que me decís eso, todos me dicen que hablo muy bien el español.

—Castellano. Y castellano rioplatense, para ser más preciso. Salvo que quieras hablar ese español de España insulso.

—Está bien, castellano rioplatense. Pero lo hablo bien... todos me lo dicen.

—Sí, lo hablás perfecto, ya te lo dije. Y mejor que muchos argentinos que conozco. Pero me dijiste que te corrigiera para ayudarte.

—Sí, pero... quizás no cuando estamos hablando de algo serio.

—¿Esto es algo serio?

—Sí, es algo serio ver animales muertos en la calle cuando salgo con vos.

—Y, quizás... Quizás tenés que salir más sola.

—Sí, voy a tener que empezar a salir más sin vos, entonces.

—Y a mirar más el suelo.

—Y a mirar más el suelo, claro.

—Qué viento que hay, ¿no?

—Sí, es terrible. ¿Comemos algo?

—Dale.

## II

Siete de la tarde. Cama.

—¿Dormí algo?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Como una hora y media, más o menos.

—¿Tanto? Ni cuenta me di. ¿Y vos dormiste?

- No.
- ¿No?
- No, ni un poquito.
- ¿Y qué hiciste mientras yo dormía?
- Nada.
- ¿Nada?
- No, nada. Solo te dejé que duermas.
- Que durmieras.
- Ah, que durmieras, perdón.
- ¿Y no te aburraste?
- No. No es aburrido verte dormir.
- ¿No?
- No, es hasta más divertido.
- Más divertido que cuando estoy despierto, ¿no?
- Yo no dije eso. Es más divertido que hacer otra cosa, como leer, por ejemplo.
- Depende qué lees. Si lees a Florencia Bonelli, te creo.
- Qué tenés contra Florencia Bonelli. Es la escritora argentina que más me gusta. A las mujeres nos encanta.
- Puedo entender que haya literatura para niños, porque quizá la temática superficial debería ser diferente. Ya no lo acepto tanto en la literatura para los adolescentes. Pero que haya literatura para mujeres, casi exclusivamente, eso ya no lo puedo aceptar bajo ningún punto de vista. La literatura es para todos, y es buena o es mala. Y se acabó. ¿Nunca se te ocurrió probar con *El gran Gatsby*?
- Cuando te ponés intolerante no me gustás nada.
- Me preferís durmiendo, ¿no?
- Sí, la verdad que te prefiero durmiendo.

—Probá con El gran Gatsby, haceme caso.

—Mejor me voy.

—¿Adónde?

—Me voy a pasear sola, a ver si me encuentro con animales muertos en la calle.

—Y si encontrás plata vamos a medias.

—Sí, avisame.

—Chau.

—...

—Al menos saludá, che.

—Sí... Chau... Ah, y esta noche no me esperes, duermo en lo de Laura.

—Mandale mis saludos.

—D'accord.

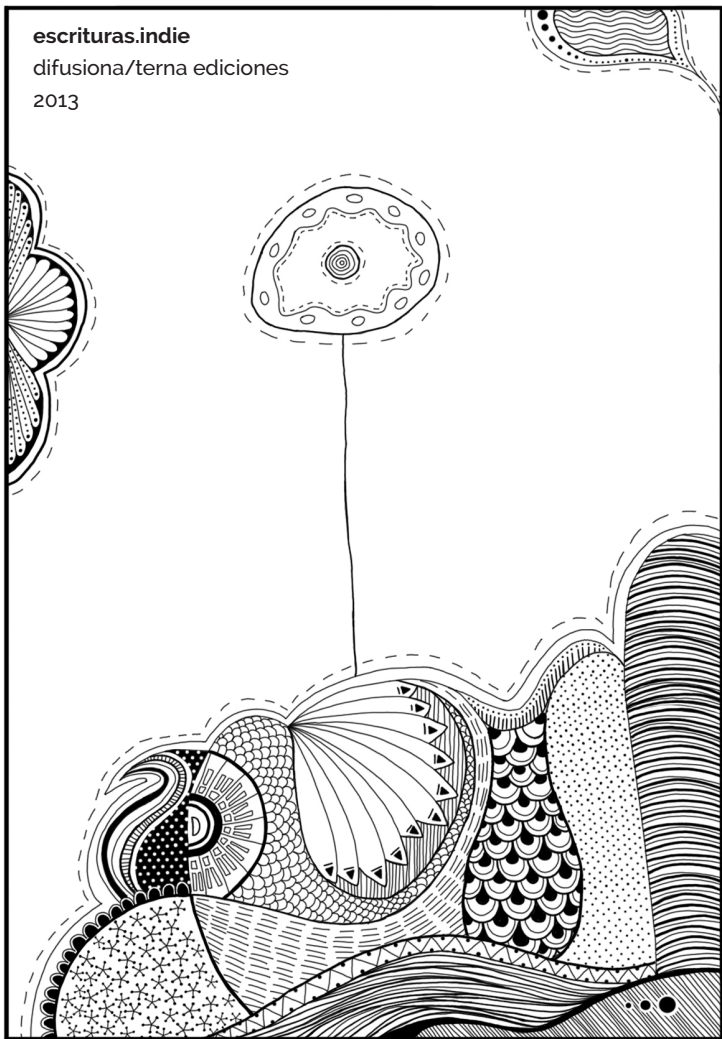
~

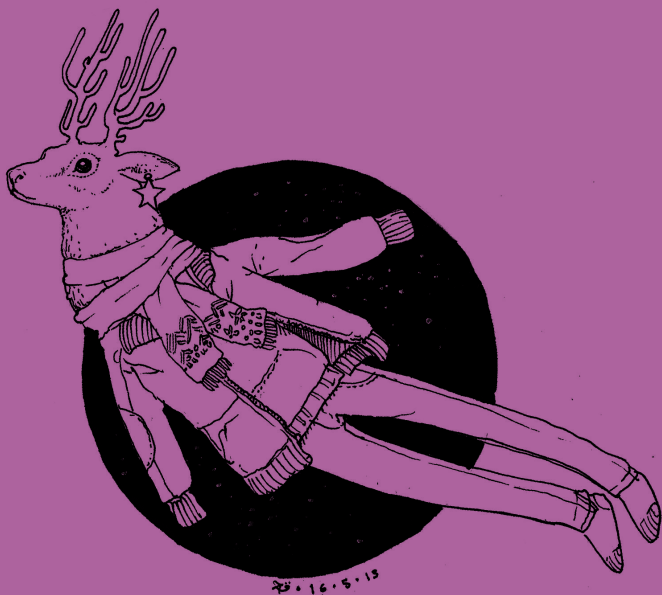


escrituras.indie

difusiona/terna ediciones

2013





[d/a]  
2013